



Nuestra pequeña comunidad



tan simple y tan pequeña y tan sencilla y tan, en definitiva, de andar por casa o, como mucho, por las escaleras o el barrio que, por entonces, estaba todavía sin asfaltar y sin semáforos ni más alumbrado público que unas cuantas muy desperdigadas farolas de gas, sino a historias infinitamente más complejas vividas por personajes oriundos de tierras muy remotas acostumbrados a conducirse — la tía Enedina lo contaba — de maneras tan insólitas que *nos dejaban*, decía, perplejos y anonadados.

Pero es que la tía Enedina contaba muchas cosas porque, como decía Gervasio el de la sastrería, “esta se las suele apañar pa no cortarse ni un pelo”.

Y era verdad.

Cierto como el sol que nos alumbra que, en cuanto Calpurnia se retrasaba un minuto, o el sopor de la tía Cándida era tan profundo que aunque la zarandeásemos no se espabilaba lo suficiente como para que no se le trabase la lengua con su “juego de palabras”, o alguno — nuevo por lo general — titubeaba o le daba vergüenza o se atascaba, allá que salía al quite con un desparpajo y una gracia que hacía las delicias de hasta los más desabridos la tía Enedina contando lo que se terciara si bien, por no faltar a la verdad, justo sería decir y sin duda lo dirá algún deslenguado... o bien nacido, o adalid de la nobleza o esbirro de la mendacidad, que, como quien mucho habla mucho yerra y Enedina aun dentro de su atolondramiento lo sabía, tan pronto le echaban el alto y “Magdalena, tú a lo tuyo y punto en boca” la devolvía ella, Enedina, *¡Enedina, por favor* — don Carmelo, que perdía la paciencia *no sé de verdad qué hay que hacer con esta chica* pasándose la mano por la calva rosada — *que conviene fijarse!*, a sus lares y a sus pucheros, resignada, limpiándose las manos con un trapo de cocina.